

La afirmación de que estamos viviendo el nacimiento de una nueva época se ha convertido, prácticamente, en un lugar común. La producción de escritos sobre la naturaleza de esta nueva fase histórica ha sido incesante.

La diversidad de nombres que se le da a la etapa evidencia tanto la variedad como la convergencia; variedad en las bases desde las cuales se analiza el cambio así como la identificación de las principales fuerzas promotoras del cambio; convergencia en la idea de

que las sociedades industriales están entrando en una nueva fase de su evolución, encontrándose en una transición tan decisiva como la que se dio entre las sociedades agrarias en su devenir a sociedades industriales.

De cualquier forma, el hecho de que nos encontramos inmersos en la transición a la sociedad postindustrial me parece altamente discutible. La escasez, junto con la preeminencia de lo económico, de la maximización de los beneficios y de la burguesía, sigue siendo una realidad palpable. No obstante esto y aunque la mayoría de los pensadores postmodernos recurren a conceptos no clasistas tales como *era tecnocrática* y *sociedad del conocimiento*, lo que en realidad hacen es defender en el plano

ideológico el orden capitalista dominante. A pesar de cierta incompatibilidad ideológica de las diferentes perspectivas constitutivas de la teoría de la postmodernidad, ha habido una importante influencia mutua tanto en lo que se refiere a temas como a objetivos. A continuación reflexionaré sobre algunos de estos.

Ante el carácter multívoco que ha adquirido el vocablo postmodernidad, puede ser útil intentar definirlo en la forma que lo haría un hipotético diccionario. Así, consideraríamos a la postmodernidad como un término que se ha generalizado para denominar a un conjunto diversificado de corrientes político-ideológicas, artísticas, literarias, etcétera, que tienen en común la pretensión de constituir una sucesión y diferenciación cuantitativa de la modernidad.

En un sentido más estricto, se ha definido a la postmodernidad como la condición del saber que corresponde a las sociedades más desarrolladas. De ahí el nexo entre postmodernidad y postindustrialismo, entendido por tal una sociedad en que la economía se desplaza del sector productivo al de los servicios. Según sus ideólogos —Daniel Bell, Alain Touraine, etcétera— esta sociedad liberará al hombre de sus limitaciones físicas y económicas, pues el trabajo automatizado de las máquinas, las computadoras, etcétera, suprimirá casi por completo el trabajo manual y proporcionará al hombre más tiempo libre; como consecuencia, se producirá un colosal desarrollo de los medios cultura-

Postmodernidad y democracia

JORGE PÉREZ PIJOAN

Departamento de Teoría y Análisis

UAM-Xochimilco

jperez@cueyatl.uam.mx

Resumen

El artículo muestra una serie de reflexiones en torno a las diferentes perspectivas ideológicas desde las cuales se intenta definir la postmodernidad, abarcando las fuentes motoras del fenómeno hasta

la convergencia en la idea del cambio social, que todos ubican con ligeras diferencias de criterios. Finalmente, el autor roza los dos horizontes que bipolarmente definen al hombre actual y sus valores, el individualismo y la cultura política.

Abstract

The article shows a series of reflections about the several ideological perspectives from which post-modernism is tried to be defined, embracing the motive sources of the phenomenon up to the convergence in

the idea of the social change, by all understood with slight differences of approach. Finally, the author touches the two horizons that bipolarly define the current man and its values, the individualism and political culture.

les y de información; surgirá así una sociedad tecnocrática cuyo desarrollo cultural y social transcurrirá bajo la acción de la técnica y de la electrónica; con ello, la industria dejará de ser el factor determinante de las mutaciones sociales y de sus reflejos ideológicos. Se sostiene también que rasgos relevantes de esta sociedad postindustrial se dan ya en los países desarrollados y de ellos se deduce la innecesariedad de las revoluciones sociales y de las ideologías revolucionarias.

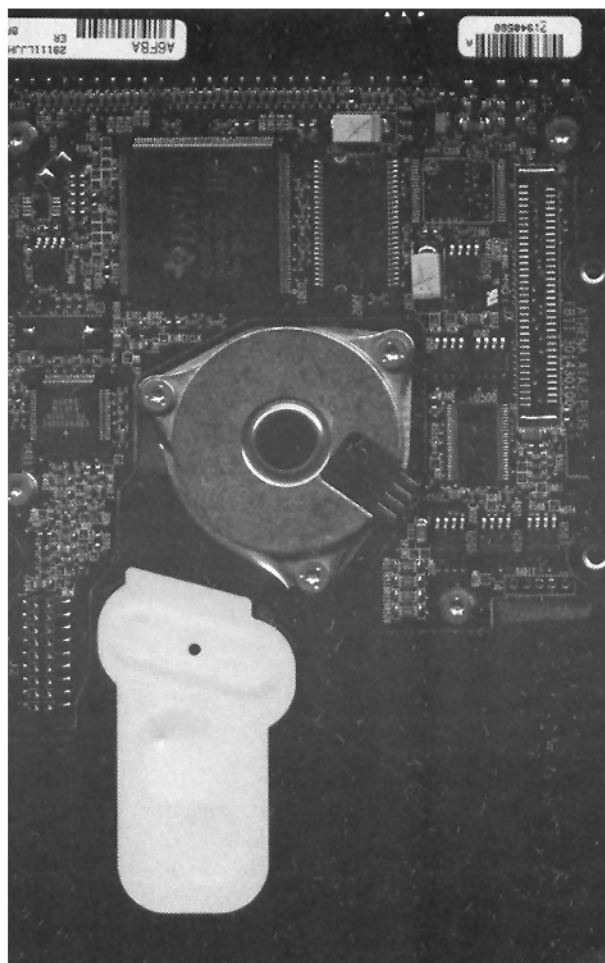
Un intento de elaboración sistemática del concepto de postmodernidad ha sido realizado por J.F. Lyotard en su ensayo básico *La Condición Postmoderna*. Parte de la premisa de que la postmodernidad constituye la condición del saber en las sociedades más desarrolladas. Así, socialmente, viviríamos en el estadio postindustrial y culturalmente en la edad postmoderna. Para Lyotard, el tránsito hacia ese estadio y edad comenzó en Europa al finalizar la década de los 50. Empero, es más o menos rápido según los países y sector de actividad: de ahí una disonancia general que no permite una visión de conjunto. Por ello —y ésta constituiría una de las debilidades que dificultan una elaboración rigurosa del concepto de postmodernidad— un aporte de la descripción no puede dejar de ser conjetural.

Así, al no poder trazar un cuadro completo de la sociedad postmoderna, Lyotard parte de un rasgo que pueda ayudarle a determinar su objeto: el carácter discursivo del saber científico. Al incidir sobre tal discurso las transformaciones tecnológicas, el saber se ve afectado en sus funciones de investigación y de transmisión de conocimientos. En esta transformación general, la naturaleza del saber no permanece intacta. A menos que el conocimiento sea traducido en cantidades de información, no puede resultar operativo.

Esta hipótesis sobre la información de la sociedad, Lyotard la considera demostrada: se admite como evidente que el saber científico y técnico se acumula y todo lo que se discute es la forma de su acumulación. Además, el saber científico no es todo el saber. En realidad, siempre ha competido con otro tipo de saber que, para simplificar, Lyotard califica de narrativo. Lo que no quiere decir que ésta pueda imponerse, aunque su modelo esté ligado a las ideas de equilibrio interior y confiabilidad en comparación con las cuales el saber científico contemporáneo

queda descolorido, lo que ha provocado la desmoralización de los investigadores y profesores a la hora de valorar el estatuto del saber científico.

Por consiguiente, en la sociedad actual, el problema de la legitimidad se plantea en otros términos que en la modernidad. Así, la condición postmoderna se caracteriza por: 1) Incredulidad respecto a los *Grandes Relatos*, entendiendo por tales la dialéctica hegeliana de la historia, la teoría de la lucha



de clases, etcétera. Por el contrario, total aceptación de los pequeños relatos que constituyen la forma que adopta la invención imaginativa. 2) Distanciamiento con respecto al criterio de la eficiencia u optimización; el desarrollo de la ciencia no se haría así gracias al positivismo de la eficiencia. 3) Abandono del principio del determinismo, sobre el que reposa la legitimación de el desempeño; la postmodernidad sólo admite algunos islotes de determinismo.

No es difícil discernir en los postulados teóricos expuestos, una acentuación de los rasgos de irracionalismo y anticientificismo que Lukacs consideraba como inherentes a la etapa de la apologética indirecta del capitalismo. Aunque aparentemente los teóricos

postmodernistas se apoyan en una desorbitación de las consecuencias naturales y sociales del desarrollo científico y tecnológico, su actitud subyacente es claramente anticientífica. Todo ello es coherente con la función ideológica a que la postmodernidad está destinada en su etapa del capitalismo maduro. En los elementos de irracionalismo, escepticismo, nihilismo, esteticismo e individualismo exacerbado, que impregnan las distintas variantes de la ideología postmodernista, pueden encontrar apoyo las tendencias al abandono de la acción social y política transformadora y al narcisista y gratificante repliegue a la privacidad.

La postmodernidad, en su uso cultural, no parece indicar otra cosa que cierta irónica aceptación de todas y cada una de las tendencias, formas o posibilidades culturales: la pacífica coexistencia de lo plural y cierto horror por las actitudes serias, entendiendo por serio aquel discurso que pretende alcanzar cierta coherencia.

Por otra parte, como colectivo humano (y concretamente en México), ni siquiera estamos socio-históricamente en la modernidad. No todos los hombres ni con mucho, de hoy, contemporáneos de cuanto acontece en ciencia, pensamiento o arte, pueden ser denominados modernos. Tampoco el uso, por un buen número de hombres, de artefactos científicos-técnicos, garantiza la modernidad de sus usuarios. La modernidad es una actitud intelectual que nada tiene que ver con la posesión, meramente usuaria, de artefactos de hoy. Frente al nuevo irracionalismo postmodernista se puede reivindicar aún la razón, precisando que la extrema relativización que comporta la concepción singularizada del mundo por el hombre moderno, no representa la quiebra de la razón. Contrariamente, da cuenta de la constitución del mundo desde la razón, desde cada razón.

En fin, para Lyotard, la postmodernidad es la racionalidad relativa, el discurso cauteloso, prudente, sin esperanza ni sentido finalista. Para mí, el postmoderno duda de que haya una salida a la crisis de la civilización actual. Desde este escepticismo espera vivir mejor. Esta perspectiva de la postmodernidad se caracteriza por hacer de la necesidad virtud. Mediante tal transmutación, quienes se hallan sumidos en el escepticismo, pueden permitirse abandonar la acción social y política transformadora y

efectuar el repliegue a la privacidad como apuntamos anteriormente.

Así, se genera una cultura individualista basada en el egoísmo generalizado, fundamentada en una visión anárquica que convierte las vidas individuales de cada uno de nosotros en banco de prueba de todos los valores: la perspectiva se reduce y se limita, en este caso, al análisis de lo que es importante para cada uno de nosotros en banco; desde el interior de nuestras vidas, y en consecuencia, se resquebrajan y destruyen todas las lealtades o vínculos colectivos; en definitiva, un proceso de debilitamiento de los lazos sociales tradicionales. Quienes presentan de esa forma la cultura individualizada tienen la idea de que cuanto más nos emancipamos de tales nexos sociales (vividos como imposiciones o como limitaciones) más posibilidades ganamos para nuestra propia vida.

El énfasis puesto en los valores del individuo, así entendido, parece ser una salida posible al largo ciclo de experiencias en los que la decepción ha culminado expectativas o esperanzas relacionadas con la vida pública o con la actividad colectiva, lo que ha conducido a la tan entendida idea de la lejanía o irrelevancia de la política: naturalmente, hay una renuncia implícita a creer que la política pueda tener sentido e importancia para los individuos cuando ellos se liberan de lealtades, códigos y vínculos colectivos.

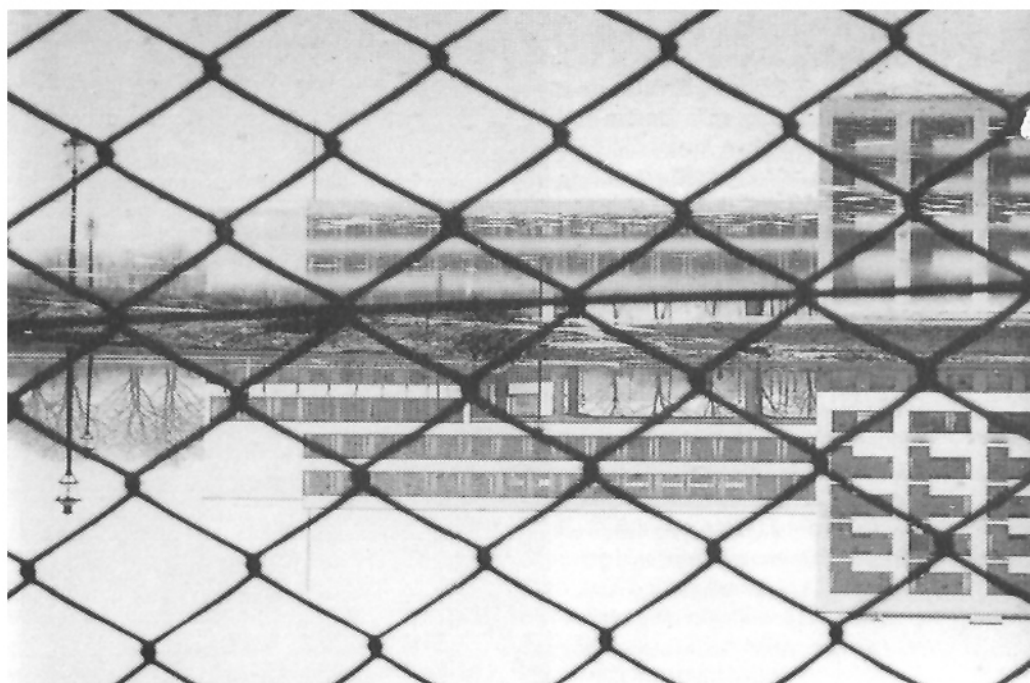
En esta cultura del individualismo aflora, a veces con rasgos muy marcados, la idea de que la política y el esfuerzo colectivo son actividades remotas en su significado vacías en su eficiencia respecto a los fines que marcamos para nuestra propia vida y que se considera un ámbito donde se quiere mantener la *autonomía y la libertad* frente a interferencias y vínculos. No hay confianza en los valores, si tal confianza significa que la existencia de los otros nos impone obligaciones y deberes de reciprocidad: hacer esfuerzos por los demás sólo tiene sentido si se da dentro del reducido círculo de nuestros intereses. El horizonte más amplio de lo que llamamos sociedad, el conjunto de condiciones y situaciones en que a los otros puede sucederles el tener una vida que vivir, se reduce y limita al círculo de los próximos. Pierde consistencia la capacidad de ponerse en el lugar de los otros; se debilita la mirada de amplia perspectiva al mundo social; se desvanece el interés por objetivos a largo plazo. Más concretamente: la óptica se limita a lo mínimo y lo que así se ve, no sólo es lo único

que existe sino también lo único que para cada uno merece la pena.

Ahora bien, me parece que a esta propuesta de rasgos individualistas de la cultura y de una forma del sentido común podemos contrastar otra propuesta que no coincide con esta caricatura del individualismo como egoísmo generalizado.

El rechazo de los nexos y de los vínculos no debe significar en sí mismo una renuncia, como individuos, a ser buscadores

pués construir una escala de prioridad de las necesidades que sea una escala humana, que no sea una escala animal, donde cuente de manera fundamental la cultura. Sólo si entra este elemento, si la teoría de las necesidades culmina en una necesidad de cultura, es posible que los hombres vean la democracia no como pura reivindicación de derechos, sino también como participación y responsabilidad.



de valores. Del mismo modo que existe un imperativo orientado a los más limitados intereses personales, existe también otro orientado a los intereses y a las necesidades, a los ideales o aspiraciones de los demás.

Desde esta otra visión podemos entender que tenemos que hacer algo porque existen muchos otros que comparten nuestra problemática social o al menos aspectos de ella. En este otro sentido, el individualismo lleva a pensar que merece la pena actuar con los demás. De ahí se desprendería una cultura política plausible ligada a la idea de la responsabilidad individual y a las razones para invertir recursos personales a favor de los demás. Una sociedad democrática, exige ciudadanos individualmente responsables, cada uno de ellos comprometido con los demás, con sus propios ideales, con sus propias necesidades e intereses.

El problema es hacer participar a todos, o a los más posibles, en la gestión social de los bienes para resolver las necesidades y des-

Hay que llegar a la comprensión de que la democracia participativa no es simplemente la democracia reivindicativa. Desde mi punto de vista, la democracia participativa significa el compromiso y la responsabilidad de todos en lo público y no sólo en lo privado, consiguiendo con esto que la democracia se expanda. Pero, para hacer esto, se necesita cultura, entendiendo por cultura también *cultura política*, pero no sólo *cultura política* sino sentido de universalidad, sentirse miembro del género humano, porque sólo desarrollando lo que es específicamente humano se puede esperar universalizar verdaderamente el género humano, diferenciándolo de otras especies del reino animal.

De ahí que en contra de las percepciones postmodernas, surja la necesidad de reivindicar la soberanía popular, el primado de la voluntad racional de los hombres, la libre confrontación, el primado de la construcción *científica* de la convivencia. Cultura, ciencia, razón y trabajo deben ser los soportes de la

convivencia democrática, sin la cual el riesgo de crisis es total y queda el espacio abierto para el desarrollo del nihilismo.

Como última reflexión y en esta dirección metodológica y de comprensión, tenemos que entender el problema de las relaciones entre el individuo y la sociedad. Comparto lo planteado por Norbert Elias, concretando:

Las investigaciones que siguen no son comprensibles si compartimos estas ideas y permitimos que se nos oculte lo



que de hecho es observable en el comportamiento de los seres humanos, no son comprensibles cuando se pierde de vista el hecho de que conceptos como *individuo* y *sociedad* no se remiten a dos objetos con existencia separada, sino a aspectos distintos, los seres humanos en general, en situación de normalidad, sólo pueden comprenderse inmersos en un cambio estructural. Ambos conceptos tienen el carácter de procesos y no es posible en absoluto hacer abstracción de este carácter de proceso en una construcción teórica que se remita a los seres humanos. Por lo contrario, resulta imprescindible incluir este carácter procesal en la teoría sociológica y en las otras que se refieren a los seres humanos. [...] el problema de las relaciones entre estructuras individuales y estructuras sociales comienza a aclararse en la medida en que se investigan ambas como algo mutable, como algo que está en flujo continuo.¹

BIBLIOGRAFÍA

BELL, Daniel (1982), *El fin de las ideologías*, Tecnos, Madrid.

LYOTARD, Jean-François (1990), *La condición postmoderna*, Red Editorial Iberoamericana, México.

LUKACS, Georg (1983), *El asalto a la razón*, Grijalbo, México.

NORBERT, Elias (1993), *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, Madrid.

LYNCH, Kevin (1984), *La imagen de la ciudad*, Gustavo Gili, México.

BERMAN, Marshall (1988), *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI, México.

MAFFESOLI, Michel (1990), *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona.

ARNHEIM, Arnold (1989), *Nuevos ensayos sobre psicología del arte*, Alianza Editorial, Madrid.

RAPOPORT, Amos (1978), *Aspectos humanos de la forma urbana*, Gustavo Gili, Barcelona.

MANDOKI, Katya (1998), "Desarraigo y quiebre de escalas en la ciudad de México" en *Anuario de Estudios Urbanos*, UAM Azcapotzalco, México.

TIGER, Lionel (1993), *La búsqueda del placer*, Paidós, Barcelona.

HALL, Edward T. (1990), *El lenguaje silencioso*, CONACULTA-Alianza, México.

¹ELIAS NORBERT (1993), *El proceso de la civilización*, Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, Madrid, FCE, pp. 15-16.